

Del piso de la sociedad a la mesa del debate

Por Luis M. Baronetto

No es la primera vez que las páginas de la *Tiempo Latinoamericano*, recogen la voz del Obispo Samuel Ruiz, que hoy cubre buena parte de los noticieros internacionales. En dos oportunidades, -setiembre/92 y octubre/93-, lo tuvimos de visita en Córdoba, compartiendo con nosotros las mismas preocupaciones que hoy se encarga de denunciar ante el mundo entero. De algún modo, la situación de los indígenas, que según nos decía en 1992 (ver T.L. N°44) están el Piso de la Sociedad, hoy se coloca sobre la mesa y ya no puede ocultarse. El debate social sobre sus demandas, en los máximos niveles de decisión, también es obra de la larga tarea pastoral que viene desarrollando Mons. Samuel Ruiz García como Obispo de San Cristóbal de las Casas, en el Estado de Chiapas, al sur de México.

La rebelión indígena que explotó en enero de 1994, puso sobre el tapete la dura realidad de millones de personas, que sólo reaparecieron en la escena pública en determinados espacios y ambientes con ocasión de los 500 Años. Y llevó al Obispo Samuel a asumir un rol destacado en los esfuerzos de diálogo para la paz, como

Presidente de la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI). No fue una elección casual.

Porque su actitud no es nueva ni oportunista. Desde hace más de treinta años viene acompañando la vida y la lucha por la Vida de los indígenas, que constituyen el 75% de la población de su diócesis.

Esta larga historia de acompañamiento vivencial y pastoral, le ha llevado a asumir actitudes concretas de denuncia de la situación de marginación que viven los indígenas y de acciones en procura de elevar las condiciones de vida de las múltiples comunidades, que recogen una rica tradición cultural en la zona. Y esta actitud le ha valido, también, una permanente agresión de los grandes terratenientes que concentran el manejo tanto del poder económico, como político en el sur mexicano.

Hoy vuelve a repetirse el hostigamiento a su persona con acusaciones que no son nuevas, ni sorprenden, porque también las hemos vivido en este extremo sur del continente.

Los ataques más virulentos de que ha sido objeto en los últimos meses, con manifestaciones organizadas por los terratenientes intentando invadir, tomando por asalto la Catedral y la casa episcopal, nos recuerdan la agresión que en los hechos sufrió Mons. Angelelli. Ocurrió en Anillaco, La Rioja, cuando en 1973 los terratenientes lo expulsaron de la zona a raíz del impulso, dado por el Obispo riojano a la organización cooperativa, que implicaba en los hechos afectar el costo de la mano de obra de los peones rurales en



Mons. Samuel Ruiz García, Obispo de San Cristóbal de las Casas, Chiapas

los grandes viñedos de la zona.

También la actitud de silencio en unos casos, y de abierta oposición en otros por parte de sectores de la jerarquía eclesial; nos traen a la memoria la soledad en la que fue dejado nuestro Obispo mártir, como caldo de cultivo que abrió el camino a la mano asesina que el 4 de agosto provocó el atentado en la solitaria ruta de Punta de los Llanos.

La magnitud del conflicto nacional que hoy afecta a Chiapas y toda la sociedad mexicana, ha tenido sin embargo el efecto de que buena parte del episcopado mexicano haya debido expresar su solidaridad con el Obispo de Chiapas.

Hasta el Vaticano, que en octubre del '93, a través del Nuncio Apostólico -que hoy aparece en diálogo con los jefes narcotraficantes involucrados en el asesinato del Cardenal de Guadalajara- presionará a Don Samuel para que renunciara a su diócesis, haciéndose eco del reclamo de los te-

rratenientes, ha tenido ahora que salir, a través de su vocero en la prensa vaticana, reivindicando el accionar del Obispo Samuel Ruiz en favor de sus comunidades indígenas.

Es que no puede separarse el testimonio de Don Samuel y la persecución de que es objeto, con la situación de marginación que viven los indígenas. Y así como ha dicho el Papa Juan Pablo II, los indígenas son los artífices principales de los cambios que necesita en América Latina, no queda otra que respaldar el accionar del Obispo Samuel.

Sin embargo el Obispo de San Cristóbal de las Casas ha sido muy explícito al afirmar que no quiere asumir su propia defensa, ante los múltiples ataques y difamaciones de que es objeto. Porque no quiere entrar en el juego de los que pretenden desviar el eje del problema, que siguen siendo las demandas de los indígenas, y su situación agravada por la presencia del ejército en la zona del conflicto y la necesidad de establecer condiciones de paz.

Sobre la realidad que se vive en estos días, Don Samuel nos dice:

Las fuerzas opuestas al diálogo, lamentablemente en connivencia con ciertos niveles de autoridades, organizan agresiones verbales y física, para hacer aparecer como si hubiese un rechazo generalizado a la diócesis y a su Pastor. Pero en realidad todo el mundo lo lee como un rechazo a las vías del diálogo que algunas fuerzas negativas no quieren. Sin embargo las fuerzas positivas se manifiestan tremendamente esperanzadoras. Aquí hay numerosas personas que todos los días duermen a la interperie para cuidar los edificios, simbólicos ya, de la Catedral de la Paz y la casa episcopal; como también vienen de lejos, emprendiendo caminatas, en caravanas de personas, que no sólo traen remedios para la salud tan golpeada en la zona del conflicto, vestido y comida para la gente de allí, sino también su propia solidaridad, dispuestos a quedarse varios días con el objeto de ir generando espacios de paz que preparen la fase siguiente para el diálogo.

Tanto el gobierno mexicano como el ejército zapatista ha reconocido la autoridad moral del Obispo para cons-



tituirse en el principal actor por la paz, el diálogo y la conciliación. Su lugar como presidente de la CONAI revela la importancia que se le asigna a su gestión. Desde su lugar, en la Catedral de la Paz, ha podido lograr que el presidente Zedillo diera un paso atrás en su ofensiva militar de exterminio y que el Congreso promulgara la ley de la paz y la reconciliación, con modificaciones importantes como para obligar también a que los zapatistas vuelvan de la selva a la mesa del diálogo. Un proceso que no resulta fácil, porque no se trata de un problema militar, sino de acceder a demandas históricas de las comunidades indígenas, donde la tenencia de la tierra es crucial. No es casual que toda la ofensiva en contra del obispo esté comandada por los grandes terratenientes.

Lejos de aminalarse, ante los constantes ataques de que es objeto, Don Samuel, sigue reafirmando su denuncia profética sobre la real situación que padecen hoy las comunidades de su diócesis (1.200.000 habitantes, 5 lenguas, 7000 catequistas indígenas), a raíz de la invasión del ejército nacional, que lleva adelante el aniquilamiento, que el Obispo denuncia como *etnocidio*.

Porque el etnocidio -afirma Don Samuel- no significa sólo la acción violenta, sino que se da aquí y en otras partes del mundo latinoamericano por la situación de marginamiento tremendo y apartamiento social que estos grupos tienen; y que así están confinados a la desaparición, por una

situación de injusticia estructural.

Pero físicamente lo que sucede aquí, ahora, es que el Ejército llega con toda su parafernalia y genera en la población indígena un pavor enorme. Si a un lugar de 200 familias llegan 2000 soldados con todo un pertrecho tremendo, la población se espanta. Y la misma manera de actuar invadiendo los espacios, utilizando el agua de la comunidad, etc, los obliga a huir. Y hay comunidades numerosas, que sólo por esta presencia del ejército, que en sí misma ya es agresiva, han estado varios días fuera de sus asentamientos, están amenazados por el hambre, y la muerte se cierne con numerosos niños que ya han perdido.

En otros lugares la agresión es directa, cuando las comunidades salen. Y se tiene esto como una simpatía hacia el EZLN. El Ejército ha llevado allí un proceso destructivo, que se ha llamado de arrasamiento de estas comunidades. Mientras que en las zonas alejadas del conflicto la presencia del Ejército, tiene un comportamiento hasta simpático, juegan con los niños y demás... De modo que hay un comportamiento muy variado.

Pero el hecho concreto es que en la zona del conflicto, las comunidades están siendo aniquiladas fuertemente por el hambre, por el miedo y el aislamiento. También varias comunidades, han experimentado al haberse retirado el ejército, el destrozo de todas sus pertenencias, incluyendo sus alimentos. Más grave aún es la situación de unas 25.000 personas que se han asilado en el territorio zapatista, porque cuando el ejército avanza sobre esa zona, más reducida, se entra en colisión. Y habría allí una masacre y mancha de sangre etnocida que jamás podríamos borrar.

La lucha de Don Samuel es hoy, como desde hace más de treinta años, por la VIDA de las comunidades que le han sido confiadas, asumiendo sin medias tintas su responsabilidad de Pastor.

La solidaridad internacional que su actuación ha despertado al punto de que su nombre figura hoy entre los candidatos a Premio Nobel de la Paz, constituye un hecho trascendente, porque al reivindicar la realidad indígena ha puesto sobre la mesa lo que estaba en el piso de la sociedad.